

## Las escuelas y las reacciones literarias

(Especial para la "Revista del Rosario")

En literatura como en todas las actividades humanas, el presente vive en una perpetua reacción contra el pasado. De allí nace un saludable movimiento progresista que anula la quietud estacionaria, el estancamiento y ruina por consunción que es una de las formas más melancólicas de la muerte. El espíritu de la imitación y la inconformidad con lo existente determinaron el perfeccionamiento del idioma y de las formas poéticas desde los juglares y trovadores en los siglos XII y XIII hasta los poetas del siglo de oro.

Mas esa tendencia juvenil de innovación debe obedecer a necesidades de libertad dentro de un orden indispensable y estar sujeta a un plan sabiamente basamentado sin pretender romper normas eternas de claridad, de armonía y de ética porque de lo contrario esas innovaciones, que suelen tener un momento de auge, caen por su propia inanidad, por su intransigencia y por su pobreza ideológica, en un olvido rápido cuando no en la hiriente emboscada del ridículo.

La poesía castellana viene haciendo ensayos de renovación hace tres siglos, sin que veamos un resultado sensible de esos ensayos que vaya más allá del avance natural por razón del progreso del idioma. Desde Garcilaso, Fray Luis de León, Rodrigo Caro, Lope y Quevedo hasta hoy se ha pasado por un sinnúmero de escuelas sin que se hayan llegado a superar las Eglogas de Garcilaso, las odas horacianas de Fray Luis, la famosa Elegía a las ruinas de Itálica de Rodrigo Caro, los sonetos y romances de Lope y los sonetos de Quevedo, y mucho menos ese incomparable anónimo sevillano conocido con el nombre de Epístola Moral. Y en fluidez y armonía de prosa, ¿quién ha ido más allá, en las tres últimas centurias, de la cima a donde llegaron los Luises, para sólo citar dos nombres de la edad de oro?

Aún remontándonos cien años atrás del siglo XVI hasta don Jorge Manrique (1440 a 1478) y releyendo su incomparable Elegía (aquí el adjetivo incomparable tiene el valor de integridad absoluta que no es el que el uso diario le asigna), cabría preguntar si en fondo poético, en contenido

de doctrina, en riqueza de léxico y en gallardía artística hay entre los modernizantes sin plan y sin programa de hoy, quien pueda, a pesar de la millonaria abundancia actual del idioma, no superarle, pero ni siquiera igualarle. Mas lo que sí hay, contra el concepto del maestro de los poetas de hace siete lustros, es quienes se propongan asombrar al burgués, deslumbrar al principiante ingenuo y "martirizar el pensamiento en potros de palabras". Eso con sus consecuenciales manifestaciones de desdén para nombres y obras ilustres de antaño como si el talento literario tuviera edad, y como si los enanos de hoy pudieran—nuevos Davides—con su locuacidad incontenible herir en la frente apolínea a los gigantes del pasado y deshacerse como de estorbosos, o por lo menos incómodos elementos, de dioses que, aunque menores, brillan con luces suficientes para eclipsarlos.

Yo no conozco—talvez por causa de mi ignorancia—un metro, un ritmo, una estrofa nueva, una manifestación de sensibilidad distinta, si se exceptúa la del paisaje, y eso que ya existe en parte en el Quijote, que haya enriquecido la literatura española del año de 1650 para acá.

No estimo como una novedad la estrofa que empleó Núñez de Arce en el "Idilio", "La Pesca" y otros de sus poemas, porque esta estrofa no pasa de ser una agradable combinación de endecasílabos y heptasílabos, hoy en desuetud.

Las innovaciones métricas del primer cuarto del siglo XVI no son una auténtica originalidad de ese siglo, ya que antes de los sonetos del Marqués de Santillana y mucho antes de las poesías de Boscán y Garcilaso, el infante don Juan Manuel (nacido en 1282), empleó en el final de sus apólogos del "Libro de Patronio" o "El Conde de Lucanor", para la moraleja o sentencia de muchos de ellos, endecasílabos. Oigámosle:

*No adventures mucho tu riqueza  
por consejo del home que ha pobreza.*

*Non te espantes por cosa sin razón,  
mas defiéndete bien como varón.*

En ese metro está escrita casi toda la poesía catalana de los siglos XIV y XV.

Ni siquiera fue en Toscana, cuna del lenguaje y de la literatura italianos, donde se escribió el primer verso endecasílabo. Antes que Dante y Petrarca lo nacionalizaran y lo divulgaran, había rimado en ese verso Catulo en el latín au-

reo del ciclo del emperador Augusto, y aquel otro gran lírico—Horacio—que era para Quintiliano el más perfecto de los cantores latinos, y que hacía las delicias de Menéndez y Pelayo:

*Dulce et decorum est pro patria mori.*

.....  
*Jam satis terris nivi atque dirae*

El hexámetro fue ensayado con éxito brillante en Colombia por José Eusebio Caro antes de que lo hiciera Rubén Darío, que habla de él como de una novedad métrica en castellano (manes de don Esteban Manuel de Villegas) en su prefacio a los "Cantos de Vida y Esperanza".

El mismo Darío, que puso en boga el eneasílabo, abandonado o por lo menos poco usado en su tiempo en España, copió en su "Canción de otoño en primavera" a nuestro Caro (José Eusebio), e imitó al enorme y multicolorde Rafael Pombo, autor desde 1853, a los veinte años, de unos maravillosos eneasílabos no inferiores en nada a los de Caro.

Caro escribió:

*Cuando tenemos despreciamos,  
sentimos después de perder,  
y entonces aquel bien lloramos  
que se fue para no volver.*

Y Darío, medio siglo más tarde:

*Juventud, divino tesoro,  
¡Ya te vas para no volver!  
cuando quiero llorar no lloro....  
y a veces lloro sin querer.*

Las costumbres, las lenguas y hasta los modos de pensar y de sentir evolucionan, pero el alma es eterna y el arte como su manifestación externa lo es de igual manera. ¿Por qué la Venus de Milo o la Victoria de Samotracia, el Moisés o Los Esclavos de Miguel Angel, la Gioconda del Vinci, el cuadro de Las Meninas de Velásquez, El Descendimiento de Rubens o La Ronda de la noche de Rembrandt, no son unas venerables antiguallas, sino obras de incomparable belleza casi inimitables?

Lo detestable es "la mulatez intelectual, la chatura es-

tética" disimulada muchas veces con el uso y abuso caprichoso y deforme de libertades que rompen la armonía interior y exterior del verso o de la prosa, de imágenes rebuscadas y del sutil enlace de las ideas, la rebeldía sin fundamento contra los moldes clásicos, productos lógicos de la sabiduría de los siglos. Y en cuanto a las innovaciones de audaz atollondramiento es cuando menos una locura pretender, como el niño del poema de Julio Flórez, romper con una pedrada el cielo. "El verdadero artista, ha dicho Darío, comprende todas las maneras y halla la belleza bajo todas las formas".

"Andan por el mundo tantas flamantes teorías y enseñanzas estéticas... Las venden al peso, adobadas de ciencia fresca", escribió en una hora de agria sinceridad el mismo autor.

Las escuelas desaparecen, los pretendidos innovadores mueren, sólo quedan la obra de arte vivificada por el aliento del espíritu, la obra sentida y perfecta, la verdadera poesía.

\* \* \*

Esto escribí no há muchos meses. Hoy llega a mis manos un sustancioso estudio de Benjamín Cremieux, en el que trata de precisar con plausible claridad las tendencias de la nueva poesía, y por consiguiente, las diferencias de ella con la obra anterior al momento actual, estudio al que quiero referirme en unas líneas que serán un complemento oportuno y necesario de los conceptos anteriormente expresados.

"El carácter esencial de la poesía moderna, escribe Cremieux, es el de librarse, por una parte, de la versificación tradicional, y por otra, de hacerse totalmente independiente del discurso lógico reservado a la prosa". Es decir, que a más de querer reaccionar contra las formas tradicionales de la versificación, lo que no estaría mal si se nos hubieran traído algunas formas mejores o por lo menos, iguales, no se quieren admitir en la poesía los elementos esenciales del razonamiento. Se aspira a extraer del tema escogido una poesía acrisolada, sin mezcla alguna de intelectualismo, y despojada del ímpetu elocuente tan grato a los románticos. El motivo anecdótico o fantástico narrativo de los más grandes poetas de la edad dorada queda de hecho eliminado. Por eso escribe el mismo señor Cremieux: "La diferencia entre la vieja y la nueva poesía reside tal vez, muy sencillamente, en que el elemento intel-

tual de la vieja poesía era más aparente, que se la comprendía antes de sentirla, en tanto que hoy la poesía se hace sentir primero, comprender luégo, *y aún no siempre*". Y como el factor claridad es indispensable en toda buena obra literaria, poética o nó, el mismo autor dice más adelante: "La verdadera cuestión, que no se tiene el derecho de escamotear, es la de saber en qué medida esa poesía es inteligible para otra persona que su creador, en qué medida es comunicable al lector". Y necesariamente concluye: "Esta negativa a aceptar la poesía diluída en los versos, en no verterla en los poemas sino en altas dosis, en soluciones tan concentradas que el espíritu de un lector medio no consigue ni absorberla ni asimilarla, ha precipitado el divorcio entre el gran público y el poeta".

Se ha ido pues muy lejos, para decir lo menos.

Es natural y conveniente aspiración, ya lo dejé dicho, la de mejorar lo existente, la de ir siempre de cara al futuro, la de la rebelión contra lo antiguo cuando se trae un bagaje de novedades digno de reemplazar usuales procedimientos, y se aportan formas nuevas más bellas y armoniosas que las existentes, ideas provistas de fuertes alas para tocar la cima de esbeltas eminencias. No todos los días nace para una lengua y para toda una historia literaria, un renovador genial como Rubén Darío.

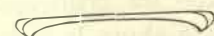
Justo anhelo de jóvenes y bien pertrechadas mentalidades es el de buscar orientación en el brillo de remotas y luminosas estrellas. Quien no tiene por ideal en sus verdes años un astro esplendoroso, no pasará jamás el límite de una apacible medianía.

Pero si se debe tender al perpetuo perfeccionamiento, a la eliminación de vicios consuetudinarios, a la depuración permanente, no es posible hacer tabla rasa con el pasado porque entre él y el presente haya considerables diferencias; ni las obras que hoy no se hubieran escrito en la misma forma porque todo cambia, favorablemente las más de las veces, no siempre, han de ser por eso miradas con un injustificado desdén. Todas las épocas tienen sus características tendencias, sus modos de pensar colectivos y su predilección por determinadas formas.

Una poesía sin base ideológica, aintellectual, que desdén, por prosaica, la historia o la anécdota, una poesía fragmentaria que obedece a lo inconsciente y quiere sólo despertar un sentimiento, todo lo hondo e inefable que se quiera pero sólo un sentimiento, poesía vaciada en versos

caprichosos, ininteligibles casi siempre, y ajenos a toda regla de métrica, es algo que mi pobre intelecto no comprende y mi voluntad, por dispuesta que se halle a la benevolencia, no puede aceptar. Para algo han corrido los siglos, y si en comunicaciones materiales, auditivas y visuales vamos por el avión, el radio y la televisión, no es aceptable que en la literatura, que es la exteriorización hablada o escrita del alma, se quiera retroceder a las edades primitivas.

ALBERTO CARVAJAL



Universidad del  
**Rosario**

Archivo  
Histórico